

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## UN REALISTA LA MAGIA DE KISSINGER

El éxito indiscutible obtenido por el Secretario de Estado norteamericano al lograr el acuerdo sobre la retirada de tropas en el frente del Canal de Suez ha desencadenado, con razón, torrentes de comentarios en el mundo entero sobre la personalidad del colaborador del Presidente Nixon. Hay quien le compara frecuentemente con Metternich y asemeja sus tareas con las del Príncipe austriaco que trató durante muchos años de retrasar la revolución liberal de Europa y mantener el «statu quo» de la Santa Alianza. Ese paralelismo es, a mi juicio, superficial e incorrecto y debido en parte a que el político americano escribió en sus mocedades de profesor universitario un ensayo sobre el Canciller de Viena. Pienso que la magia de Kissinger consiste esencialmente en aplicar unas cuantas ideas claras y acertadas al manejo de su diplomacia que se basan en principios diferentes del que fue el protagonista histórico más destacado del conservantismo europeo en la primera mitad del siglo XIX.

Kissinger es un realista pragmático, profundo conocedor, en primer término, del alcance y de la dimensión del poder de los Estados Unidos en cuyo nombre habla. No es, contra lo que se supone, un recién llegado a los secretos de la alta negociación diplomática. Desde los fines de la década de los años cincuenta ya trabajaba con diversas organizaciones de estudios internacionales y de defensa; en la evaluación de los armamentos de diversos países; en los esquemas de potencia nuclear, y en otras ecuaciones de valoración estratégica a que obligaba el hecho indudable de que la era del monopolio nuclear y de la doctrina de la disuasión represiva tocaba a su fin en aquellos años. Kissinger colaboró con Kennedy, con Johnson y con Nelson Rockefeller en varios trabajos de esa índole específica que le fueron solicitados antes de que el Presidente Nixon lo hiciera su asesor especial y, desde agosto último, su Secretario de Estado. Era pues hombre de extraordinaria formación y experiencia cuando llegó a tener directamente en su mano los hilos de la política exterior de su país.

Kissinger, consciente del enorme poder que representa, no lo emplea como un gendarme que trataría de mantener de un modo rígido el «statu quo» internacional establecido. Su postura es la de que ese orden existente es flexible y cambiante y el gran designio de su mandato consiste en establecer relaciones elásticas y acomodaticias con los países que tienen entre sí tensiones y violencias tan altas que se ven tentados por la gran aventura de la guerra, creando focos de general peligrosidad. El fin del monopolio nuclear, hacia 1958, llevó, poco a poco, a la liquidación de la guerra fría entre Washington y Moscú y condujo inevitablemente al diálogo de los «supergrandes». En junio de 1973, ese diálogo ha culminado en los acuerdos Breznev-Nixon.

Digamos que en ellos, además de neutralizarse el peligro de la guerra nuclear, también se trata de eliminar las fricciones de las guerras convencionales y limitadas, que puedan encender otros países, aliados o satélites, con riesgo de arrastrar a sus conflictos particulares a los gigantes. El empeño de Kissinger es traer estos países al campo de la negociación sacándolos de la órbita de la violencia armada. Cuantas más naciones estén presentes en ese juego diplomático, mayores serán las esperanzas de la paz mundial. Kissinger sabe mejor que nadie que la «no-guerra» nuclear de los grandes no significa automáticamente la paz entre los pequeños, sino la existencia de un clima generalizado de tensiones, violencias y fricciones que tiene su origen en múltiples concausas derivadas de razones económicas, políticas, sociales, tecnológicas y raciales. Emplea el hombre de Estado americano la fuerza para disuadir, apoyar, garantizar y convencer. No para imponer un supuesto orden inmutable, establecido, cuyas infracciones habrían de ser corregidas por uno de los dos grandes o por ambos en combinación.

En el acuerdo reciente, cuyo texto público no hace referencia a las muy probables cláusulas anejas que contiene, se ha visto operar al secretario de Estado manejando —con una infinita paciencia, una sólida tenacidad y una envidiable resistencia física— los términos difíciles del acercamiento egipcio-israelí, después de siete años de guerras, incidentes, violencias, campañas de odio, mediaciones frustradas y toda clase de elementos negativos que envenenaban el problema. ¿Qué garantías militares y políticas no habría ofrecido Kissinger al Estado de Israel para que éste acepte retirarse gradualmente de los territorios ocupados, de acuerdo con la Resolución 338 del Consejo de Seguridad? ¿Qué ofrecimientos de otra índole no habrá deslizado en los oídos del presidente Sadat para hacerle aceptar una negociación directa con Israel y un área de neutralización militar en la orilla este del Canal de Suez?

Algún día lo sabremos cuando se escriba la historia completa de la efeméride. Como también se conocerá entonces el relevante papel de la Rusia de Breznev en el proceso pacificador. Porque aunque se haya asegurado que la distensión entre el Este y el Oeste se ha visto en peligro durante la guerra del Kippur y que se había producido, incluso, un retroceso considerable en ese clima, entiendo que el acuerdo del 22 de junio del 73 ha funcionado a pleno rendimiento y que Kissinger ha operado no sólo con el beneplácito, sino con el explícito apoyo de Breznev en el logro del acuerdo para despejar el Canal de Suez y hacer posible su apertura, sueño anhelado del viejo Imperio de los Zares, blancos y rojos.

A Kissinger le preguntaron en una reciente entrevista cuáles

eran sus normas operativas en el fabuloso despliegue diplomático que ha realizado en estos años. «Mis criterios son sencillos», vino a decir. No marcha a la mesa de la discusión con prejuicios cerrados, ni trata de imponer «a priori» sus tesis, o principio dogmático alguno. Escucha, inquiere, analiza y trata de persuadir. Simplifica las cuestiones complejas y procura conjugar las diversas ventajas que pueden concurrir, procediendo de distintos lados, en una misma solución. Otra de sus fórmulas favoritas es la de «operar en caliente». Es decir, aprovechando el clima de las crisis en su punto culminante cuando muchas veces, ante el peligro, los problemas se ven de otra manera. En esta negociación del Oriente Próximo, por ejemplo, es evidente que aprovechó la sorpresa de los éxitos iniciales árabes contra Israel para convencer a este último de que era preciso ceder territorialmente y buscar la seguridad de las fronteras en otra cosa que no fuese la simple defensa geográfica en profundidad, cada vez más problemática y controvertida con el desarrollo de las nuevas armas.

La política de poder, aunque esté encaminada, como en este caso, a evitar la guerra y traer a las naciones en discordia al campo de la negociación pacífica, no deja de tener su vertiente dura e implacable. Kissinger lo es. Y los europeos tuvieron ocasión de advertirlo cuando en su discurso de mayo del 73 les recordó —como a los colegiales traviosos— que los «Estados Unidos tiene responsabilidades e intereses globales. Nuestros aliados europeos solamente tienen intereses regionales. Por eso para nosotros, americanos, la unidad de Europa es lo que siempre fue: no un fin en sí, sino un medio de reforzar al Occidente».

Pero ¿qué es «Occidente»? Para Kissinger, según ese memorable texto, es la Europa industrial desarrollada y también el Japón, aunque ello suene a paradoja geográfica. Y uno de sus proyectos es tratar de unificarlo en torno a una nueva Carta Atlántica rectificadora. ¿Podrá realizarse ese designio? ¿Aceptarán, Japón y la Europa en crisis de hoy como un hecho fatal e irrevocable la pertenencia definitiva a la esfera de dominación, económica, militar y política de los Estados Unidos?

La magia de Kissinger tendrá que operar, de nuevo, milagros, para convencer a los aliados de alto nivel de vida y supremo grado de civilización que son los europeos y los japoneses de que sus intereses son meramente «regionales» y que no han de aspirar a ser protagonistas de primer plano —como Rusia y Norteamérica— en la historia futura del mundo.

José María DE AREILZA

## MARCO ANTONIO DE ORELLANA

# UN «ILUSTRADO» IMPREVISTO

De un tiempo para acá, los eruditos vienen dedicando una oportuna atención a lo que podríamos llamar el «trasfondo» del siglo XVIII español. Por razones tan diversas como obvias, la historiografía tradicional había visto con malos ojos la primera centuria borbónica. Los calificativos habituales eran: «decadente» y «extranjizada», y, desde luego, «heterodoxa». Parece que estos prejuicios metodológicos se baten en retirada, y hasta es de temer que se carguen las tintas en sentido contrario. De momento, ya nadie discute que, a lo largo del Setecientos, se produjo en los territorios de la Monarquía —en los peninsulares, al menos— un notable proceso restaurador, a nivel económico. Nadie llegó a regatearle nunca a Carlos III unos ciertos méritos, por este lado y en el alcance simbólico que le corresponden. Ahora, las investigaciones más circunspectas certifican la opinión heredada con datos inéditos, y no se limitan al período carolino. Sin embargo, dentro de la vaguedad cronológica del fenómeno, quedaba por aclarar un punto importante: el de la «intelligentsia». La «ilustración» local daba, y sigue dando, la impresión de ser poca cosa. No tolera ni la más humilde comparación con la referencia obligada: Francia. Los «ilustrados» celtibéricos fueron escasos, tímidos, dependientes de una u otra sacristía, y, en definitiva, no muy ilustrados. «Gracias a Dios», decía don Marcelino Menéndez y Pelayo. No vamos a discutirlo. El caso es como digo.

Poco a poco, desde luego, salen a la superficie noticias reveladoras de que la situación no era tan torva. Por lo general, la cultura hispánica del XVIII, en su arista «progresiva», quedaba representada por fray Jerónimo Feijóo, por don Gaspar de Jovellanos y por media docena de subalternos, en el aspecto serio, y por unos cuantos poetas pornográficos, en el aspecto jovial. La reciente revaloración de los grupos intelectuales de Valencia —con don Gregorio Mayans— y de Cervera —con don José Finestres— ayuda a corregir el panorama. No mucho. Al fin y al cabo, entre Feijóo y Mayans o Finestres, la diferencia no resulta demasiado elocuente, si la reducimos a lo específico de la coyuntura europea, y ni siquiera Jovellanos —ni los pornógrafos!— rebasaban las fronteras de las convenciones impuestas. En la mayoría de los casos, nunca se iba más allá. Y no sólo porque el Santo Oficio vigilase —la Inquisición, entonces, no se distinguió por su rigor—, sino por presiones laicas, administrativas las unas y sociales las restantes. Pero, por encima de todo eso, funcionaba la pacatería de los mismos protagonistas de la maniobra. En su fuero interno, ni Feijóo, ni Mayans ni Jovellanos ni mucho menos Finestres, se atrevían a «arriesgarse». Y, naturalmente, unas cuantas estrofas «verdes» no comprometían a nada: pecado eran, pero el vicario de la parroquia lo absolvía, al menos, «In artículo

mortis»... ¿No había más que eso? ¿Y en qué medida eso era sólo «eso»?

Convendrá esperar a que la indagación aumente en material y en suspicacia. Lo que la gente realmente pensaba, en aquella época, como en todas, no siempre lograba una formulación escrita «susceptible» de llegar a nosotros: a esa posteridad que fabrica monografías. Pero aún está por ver lo que den de sí los papeles de archivos y bibliotecas. Puede que tropecemos con alguna sorpresa. Yo acabo de tener una. Donde menos se piensa, salta la liebre. Y la liebre saltó del fondo de un mamotreto redactado hacia el 1800, en la Valencia posmayansiana. Se trata de un librote de don Marco Antonio de Orellana, vecino de aquella ciudad, nacido en 1731, y que pagó su deuda a la Naturaleza en 1813. Este señor gastó mucho tiempo y mucha tinta en sus veleidades de historiador: de «Intelectual» genérico, si se quiere. No tuvo suerte inmediata con la imprenta: casi no superan la cincuenta las páginas de su minerva que circularon en letras de molde. La posteridad le rindió justicia, a medias. Un grueso volumen de Informaciones sobre pintores y pinturas regionales, que su sudor tuvo que costarle, fue publicado hace pocos años por don Xavier de Salas. Más de mil quinientas hojas de apretada tipografía constituyen su «Valencia antigua y moderna». Impresa por unos bibliófilos municipales en la década de los 20. La obra es un estudio sobre la evolución urbanística de Valencia, calle por calle. Con muchas y pintorescas digresiones.

Una de éstas me ha conmovido. Cuando se ocupa del «carrer de Llibrers» —y no omitiré de paso decir que aunque nosotros decimos «libreros», los catalanes a veces dicen «librers»...—, Orellana se lanza a divagar sobre este extraño instrumento que es el libro. Se queja de los verios «inconvenientes» que lo afligen: «muy contrarios a las letras». Aparte algunas alcabalas, «un incendio, una ruina de edificio, una enfermedad contagiosa, un combate, o asalto militar, son otros tantos tiros, que derriban, y desuelan el alcázar de la Sabiduría». Añade: «Ya lo expresé con mucha discreción el erudito Martínez Salafraña, en aquel § que pretituló «Guerra contra los libros», donde no se le pasó por alto indicar otros dos justificadros tiros, que al paso que se encaminan a rectificarla, igualmente la reducen, y minoran, y las manejan, o disparan «las dos adorables manos» (como él dice) «la Política y la Moral»...» Sobre la marcha, no puedo precisar quién fuese el Martínez Salafraña citado, probablemente también indígena y manuscrito —me adelanto a aceptar cualquier enmienda— pero tuvo que ser un individuo curioso: no sabemos nunca el adjetivo «adorables», en su pluma, fue ingenuo, hónico, o sencillamente ambiguo. De todos modos, el dedo quedaba puesto sobre la llaga, y don Marco Antonio no

desaprovechó la ocasión. Vale la pena exhumar sus palabras.

«Quantos bellos designios, y establecimientos se comunicarian tal vez, si no les cerrara el paso el antemural del respeto, del temor, y del Desayre?», escribe, entre la interrogación y la admiración. «Presupuesta alguna libertad en el decir, es como precisó creer, no todos serian arcanos, ó juicios de profunda discrecion, pero tambien es de sospechar, que dimanasen producciones muy nuevas, muy acertadas, y conducentes. En las Republicas, y Reynos donde es menos rigida, y delicada la censura, florecen y floreceran siempre las letras mas, que en qualesquiera otras partes donde haciendo alarde de la severidad y rigor, se esmeren en censurar todo...» Sería interesante averiguar cuántas reflexiones como estas dio la ilustración oficial —Feijóo—, marginada —Mayans— o perpleja —Jovellanos—: no digo la Universidad de Cervera, que sería pedir peras al olmo. «Alejemos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir», o algo por el estilo, profirió solemnemente el canciller Dou. ¿O no era un Dou? No cuenta el apellido. Quizá sí la fecha. Pero la voz servil de Cervera no pudo ser demasiado alejada —en el tiempo— de la redacción de «Valencia antigua y moderna». Prácticamente, eran contemporáneas: tenían una misma raíz. Apartemente, al menos. Orellana, tomando el toro por los cuernos, alarga el comentario.

No descarta la función del censor, que, en su perspectiva y a pesar de los pesares, ofrecía una apariencia de ventaja. «El mayor alcance de los censores sabrá rebajar lo sobrante, quitar lo dañoso, y dejar lo útil», reconoce. «Mas no será acreditar amor á las letras, por una expresion, disonante, por una palabra equivocada, condenar toda una obra y desautorizar á un hombre honrado...» Lo que sigue ya es pura anécdota. Orellana invoca una real cédula de Carlos III «por la que se manda que no se prohiba libro alguno por el Tribunal de la fee, sin darse parte al Autor, y ser este oído sobre el particular cargo que se le haga...» La discusión entre el autor y los censores difícilmente sería fluida, ni siquiera cuando entre uno y otros existiese una base común de premisa. Mi paisano, en su momento, pudo admitir esa posibilidad, y se apunta a la providencia «tolerante» del rey. Los liberales tienden inocentemente a esperar mucho de las condescendencias del no liberal en el poder, por poco que éste se muestre afable. La disposición de Carlos III, dice Orellana, «podrá conducir á no entibiar, ni retraer los animos de los literatos, no obstante, que aun quando escribiendo con pie, no de pluma, si de plomo, y obtenidas las aprobaciones, con dilatada pasífica posesion de aplauso de la obra, hay causas emergentes que producen otro juicio». La sintaxis es elusiva, pero se le ve la oreja, a don Marco Antonio...

El problema de la ortodoxia, que era el suyo, aparece a continuación: «La pureza de nuestra Religion no estriba sobre la ignorancia, sino sobre la instruccion rectificadora. Y para comprender, y defender las constantes verdades de la Religión católica, ser conducentes las demás, que tal vez escasean con pretextos escrupulosos, quizá contrarios a los mismos fines que se apetecen, y si viven mas arriesgados los mas ignorantes, y menos expuestos los mas advertidos, se hace precisa la Disciplina, que dimana de la Copia de libros de varios y muy distintas materias...» El galimatías verbal no cubre la entereza de la intención. Podría alargarse la cita, que es preciosa, pero no lo permite el espacio. Dejo denunciado el pasaje, que es de una extraordinaria significación. Orellana, en el trance, no sólo se remite a la opinión de Séneca, sino que también toma en cuenta el precio papel y las facturas de los impresores. Sus argumentos presentan esta superficie estúpida. He aquí unas líneas lozanamente instructivas: «La prohibicion de libros extranjeros, prohibe la entrada de las ciencias, y sin duda reimpresas las mismas obras en España, saldrán mas caras. Con esto resultan dos inconvenientes, no aprender de los forasteros, y conseguir retardado el saber, á precio mas subido...»

Don Gregorio Mayans, que tuvo que conocer a Orellana, y que probablemente lo despreció —Mayans fue un fulano erisco, poseído de un orgullo intelectual impresionante, aunque también paciente con más de una intemperancia del analfabetismo «regnicola»—, no habría suscrito «tal cual» las frases reportadas. Se habría espantado ante el desparramo de Orellana. Y no digamos Feijóo o Finestres, con la congoja de la tonsura, si es que esta excusa no supone hacerles un favor... Cuando de veras se pretenda articular una «historia de la ilustración española», habrá que contar con Marco Antonio de Orellana y con —puede que sí— algunos otros marcoantoniosdeorellana subalternos, nada «libertinos» ni demasiado espectaculares, que, en sus cuadernos descartados de la imprenta, respiraban por la herida. La Ilustración «underground» —y valga el vocablo inglés de la moda de anteaer— pide una exploración profunda y extensa. Es probable que, por esta esquina, lleguemos a comprender lo que fueron nuestros bisabuelos del XVIII. Bien mirado eso que designamos con el título de asignatura de «Historia de España» es algo mucho más apasionante de lo que sugería don Américo Castro. Y por lo que tiene de antiameericocasta, naturalmente. A las pruebas me remito. Marco Antonio de Orellana nunca llegó a ver un ejemplar de la «Enciclopedia», ni se enteró de la existencia de Diderot, y probablemente se habría santiguado ante el solo nombre de Voltaire...

Juan FUSTER